
Pedro Henríquez Ureña, relacionador de las culturas hispánicas

En el área de las definiciones y de las impresiones

El Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española ¹ explica lo hispánico como lo «perteneiente o relativo a la antigua Hispania o a los pueblos que formaron parte de ella y a los que nacieron de estos pueblos en época posterior». Define la hispanidad como el «carácter genérico de todos los pueblos de lengua y cultura hispánica» y como el «conjunto y comunidad de los pueblos hispanos».

El adjetivo hispano se aplica tanto a lo «perteneiente o relativo a España», como a lo «perteneiente o relativo a todos los pueblos hispanoamericanos».

Como en toda definición, aunque resulte acertada y abarque las ideas centrales de su espacio, siempre hay matices, tonos, tintas, graduaciones, y surgen unos componentes que piden atención, porque ayudan a explicar los variados rostros de la unidad de un concepto.

He oído a españoles que visitan a Hispanoamérica y a Iberoamérica —para no dejar de incluir al Brasil—, esas primeras impresiones que parecen ir por líneas paralelas y no divorciadas entre sí. La extrañeza ante lo desmesurado del espacio conjunto y la variedad y pluralidad de Hispanoamérica o Iberoamérica dentro de ese ámbito de la geografía que da una sensación de lo desmedido, de lo enorme, de lo excesivo.

Me parece que también al iberoamericano que recorre el continente le ocurre algo parecido, por la variedad y pluralidad dentro de los espacios de un continente —Mundo.

Poco antes de la segunda gran guerra mundial, emprendí un viaje en barco a lo largo de la costa del Pacífico hispanoamericano y, luego, en el Caribe. No obstante los cuarenta y tantos años transcurridos, conservo muy viva mi emoción ante la singularidad, por su variada extensión, del mundo de nuestra América —para utilizar una definición de José Martí—, y la impresión que veía «varias» Indohispanoamérica, pues la presencia indígena o mestiza asomaba en unos ojillos de vigilantes noches dormidas, indagadoras, en Chañaral, Antofagasta, Mollendo, Callao, Talara, Guayaquil. Luego ya no eran sólo el silencio del indio o el relámpago del mestizo sino que la piel oscura, achocolatada, color café con leche, del negro y del mulato, estaba presente en Buenaventura, Panamá, Colón, La Habana. Tenía entonces veinticinco años y descubría una América múltiple y pluricolor. ¿Dónde estaba su unidad? Mis viajes sucesivos y circulares por Iberoamérica han ampliado esas primeras impresiones en el sentido que nuestra América es tan dilatada y variada como mágica.

¹ Madrid, 1970, pág. 713, col 1.

Para el iberoamericano que visita a España, en busca de las raíces maternas capaces de explicarle la otra parte de su mestizaje y de su mulatez, la impresión no deja de inscribirse en una especie de fascinación inspirada por la constatación de las plurales raíces culturales —tan antiguas también— que nutren a la madre España y por las variadas presencias regionales que le dan una visión plural a su unidad.

También fueron muy hondas y variadas mis impresiones. Mi generación literaria se vio marcada por la guerra civil española, la lucha contra el nazifascismo y por la unidad de la izquierda chilena en el Frente Popular. Vencida la república española me parecía una traición a los derrotados visitar el país donde la voz de mando continuaba siendo la del Generalísimo. Pero en abril de 1963 mis amigos españoles exiliados en París, del PSOE, me pidieron que recorriera España y les diera, luego, mis impresiones lo más objetivas posibles, de lo que apreciara en los aspectos políticos, sociales, económicos, culturales, pues deseaban cotejarlas con otros pareceres.

Entré con mucha emoción por la frontera del País Vasco, con mi mujer y con mi hija Elsa, para recorrer España por carretera. Este viaje —y los que siguieron— me confirmó la presencia de las varias Españas.

Recuerdo estos viajes, ahora, no por simple deleite de caminante sino para recordar las dificultades de nuestros humanistas hispanoamericanos relacionadores de nuestras culturas, donde no es solamente el trabajo de nuestra identidad iberoamericana, dentro de la variedad, sino —además— la relación entre Hispanoamérica y España que requiere un redescubrimiento permanente y simultáneo. Esta fue la empresa de nuestro humanista del siglo XIX, Andrés Bello (Caracas, 1781-1865) y de nuestro humanista del siglo XX, Pedro Henríquez Ureña (Santo Domingo, 1884-1946)².

Las dificultades para una relación y reconciliación de las dos orillas atlánticas

La tarea humanística relacionadora entre Hispanoamérica y España, que emprenden Andrés Bello y Pedro Henríquez Ureña, en sus siglos respectivos, es una empresa que debe afrontar y vencer dificultades de orden, histórico, psicológico, de mucha cuantía. Ellos nos empiezan «a devolver» a España en un siglo eminentemente conflictivo.

Esto de «la devolución» de España a Hispanoamérica y de Hispanoamérica a España tiene sus matices, porque en realidad España no se fue de Hispanoamérica

² Esto habría que matizarlo, naturalmente. Simón Bolívar (1783-1830) dijo en su «Carta de Jamaica»: «Nosotros somos un pequeño género humano.» Y escribió, también: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria.» Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) ahonda con su tesis de «América americana» uno de los aspectos del problema de las relaciones, centrándola en el redescubrimiento de lo propio. Juan Montalvo (1833-1889) intenta el mayor enlace a través de su purismo de la lengua y su liberalismo. Eugenio María de Hostos (1839-1903) busca un americanismo de moral social, mientras José Martí (1853-1895) es un relacionador de nuestra América y de España, no obstante, su oposición política a un determinado gobierno de España. Los humanistas relacionadores entre las culturas hispánicas, durante el siglo XX, son, también, de la calidad de un Alfonso Reyes (1889-1959), autor de *Ondas de España*, y discípulo de Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

—porque biológicamente y en lo cultural estaba, está, presente, aunque, a veces por los enfrentamientos inmediatos de orden históricopolíticos, sociales, económicos, psicológicos y administrativos, esta presencia estuviera un poco más atenuada, España es siempre para Hispanoamérica como el oleaje permanente del inconsciente colectivo jungiano.

Los historiadores de nuestras guerras independentistas hispanoamericanas, o separatistas, han aludido a una serie de factores económicos, sociales, políticos, administrativos, culturales y morales.

Pero pienso que, desde un ángulo distinto, pueden contemplarse estas luchas que embarcan el siglo XIX, pues si empiezan con el precursor Miranda, terminan con la guerra hispano-norteamericana en 1898, como un gran pleito familiar entre la familia hispana y donde, naturalmente, otras potencias —como Inglaterra, Francia y Norteamérica— ponen el ají, la pimienta y la sal, para ver si sacan ventajas en esta gran riña continental entre peninsulares y criollos, entre padre e hijos, primos, hermanos y parientes nacidos unos en la península y otros en el Nuevo Mundo, las Indias Occidentales o América.

Hay en el siglo XVIII enfrentamientos entre los indígenas en Charcas, Tungasuca, Tinta y otros sitios, de lo que hoy son Bolivia y el Alto Perú, motivados por los abusos de los corregidores que no cumplen las leyes de Indias. Estas insurrecciones de los indios son contra los abusos de la mita, los obrajes y repartimientos. Es el levantamiento de los hermanos Catari contra el corregidor de Chayanta, en agosto de 1780 y el de José Gabriel Condocanqui, «Tupac Amaru», contra el corregidor Antonio de Arriaga el 4 de noviembre de 1780. Con toda la violencia y la explotación al indígena, los abusos y crueldades, la colonización española en América no tiene el signo bárbaro de la inglesa en el norte continental y de la colonización de los Estados Unidos de Norteamérica ³.

Tanto en la acción relacionadora de las culturas hispánicas, en Andrés Bello y en Pedro Henríquez Ureña, no quiero dejar de eludir a un factor que en forma agazapada, de inconsciente sobrepersonal o colectivo o de reflejo condicionado pavloviano, ha

³ Recorro a una opinión no de un historiador español, sino hispanoamericano, no precisamente conservador, sino de la izquierda democrática, y en una obra que goza de prestigio en Hispanoamérica. Me refiero a *Historia General de América*, del peruano Luis Alberto Sánchez, ex rector de la Universidad de San Marcos de Lima. En el tomo I, sexta edición, Santiago de Chile, Editorial Ercilla, en la pág. 416 escribe:

«En la Nueva Inglaterra, como después en el Canadá, se combatió al indio sin tregua. Más tarde, ese desdén por el hombre de color y ese ansia de apoderarse de sus tierras —tan vastas como despobladas— impulsaron la política antiindígena de los Estados Unidos, que entendieron solucionar tal problema segando vidas y destruyendo caseríos de nativos.

Contrasta en esto la colonización inglesa con la española y con la portuguesa, pese a los abusos de los corregidores hispanocriollos. El español explotó el trabajo del indio sin importarle su salud y exponiéndolo a la muerte, contrariando en eso el espíritu clemente de la legislación dictada por el Consejo de Indias. El inglés, salvo el cuáquero, exterminó hasta donde pudo al indio, de acuerdo con el espíritu racista de su política.»

Señala, también, Luis Alberto Sánchez: «Las estadísticas al respecto son de una elocuencia incontestable. Justo es tenerlo en cuenta cuando se enfrenta uno a la comparación de los sistemas coloniales vigentes en los siglos XVI a XVIII, para resaltar que el clérigo católico era, en mucha parte, auténticamente caritativo y cristiano y tuvo apóstoles de la talla de Bartolomé de las Casas y el padre Claver.»